

Sin embargo, en multitud de grandes y pequeñas localidades la administración urbana permanece en manos de los señores y de sus agentes; por otras partes se divide entre el señor y los cónsules. La carta constitucional de Montpellier (1205) deja una parte de los poderes municipales á los representantes del señor, nombrados é instituidos por él. En 1210 el arzobispo de Narbona, el vizconde de Narbona y el abad de Saint-Paul redactan con los cónsules y prohombres narboneses los estatutos que regirán á la comunidad burguesa. En Arlés el arzobispo ejerce con los cónsules el derecho de nombrar para las funciones municipales, de redactar los estatutos y de juzgar. Es necesario hacer notar que en Tolosa, en Narbona y Montpellier, las asambleas municipales se tuvieron mucho tiempo en las casas señoriales ó en las iglesias. La «casa de la ciudad» no aparece en Montpellier hasta 1210 y en Tolosa hasta 1226. En esto está el carácter original de muchas de estas municipalidades libres del Mediodía: en la coexistencia y cooperación del elemento feudal y del elemento burgués en el gobierno urbano.

Estos consulados son, por lo demás, como los gobiernos de los municipios jurados, verdaderas oligarquías en que las funciones municipales, rara vez remuneradas, se hallan entre las manos de un reducido número de familias ricas que se las transmiten de padres á hijos. La asamblea general no comprende á la totalidad de los burgueses y no es con frecuencia más que una asamblea de notables, reunión de los jefes de familias nobles y de los grandes comerciantes de la ciudad. Los cónsules salientes eligen casi en todas partes sus sucesores, á quienes vienen obligados á rendir cuentas. La función es anual; el elegido no puede rechazarla, y es compatible con el ejercicio de todos los poderes, salvo en algunas ciudades (sobre todo en las repúblicas de la Provenza) donde la justicia está en manos de funcionarios especiales: hecho que denota la superioridad de la civilización del Mediodía. Sólo por excepción los gobiernos consulares atienden el consejo de los burgueses que componen su asamblea general. Ordinariamente, las gentes de oficio no eran llamadas á formar parte de los consejos municipales de los consulados. Con tanta severidad como el feudalismo y la Iglesia, los cónsules prohibían las ligas de artesanos y las federaciones ilícitas. Casi en todos sitios se habían reservado el derecho de nombrar los jefes ó síndicos de oficio, de hacer los estatutos de los gremios y de entender y sentenciar en sus rencillas profesionales.

Los «estatutos municipales» ó «costumbres», que son la ley de estas aristocracias consulares, tienen un carácter bastante diferente de las cartas comunales del Norte. Casi todos son más bien códigos que cartas. El legislador no trata solamente en ellos de la organización de los poderes urbanos, de las atribuciones y jurisdicción competentes á cada uno de los órganos de la ciudad y de sus relaciones con el señor, sino que introduce en su compilación desordenada numerosas cláusulas de derecho feudal, penal y civil y reglamentos de policía. Hácese en ellos mención además del derecho que facultaba á los burgueses á revisar y completar el Estatuto primitivo. Conforme á la ley de Arlés, la redacción de los nuevos establecimientos y la corrección de los antiguos es una obra de utilidad pública que se va lle-

vando á cabo cada año, en época fija, por los *estatutiers*, ciudadanos á quienes la asamblea general ó la municipalidad delegan para esta tarea. Recibían una retribución cotidiana y les estaba prohibido hablar con nadie á propósito de la revisión. Concluido el trabajo, el arzobispo confirmaba y promulgaba en su presencia las correcciones ó adiciones decididas.

En el primer tercio del siglo XIII se produce un fenómeno político de carácter muy especial en Niza (1215), en Arlés (1221), en Marsella (1223), en Aviñón (1225) y en Tarascón (1233). Estas ciudades, á ejemplo de algunas italianas, introdujeron en ellas el uso de los «potestades» extranjeros—de ordinario italianos,—magistrados á los cuales conferían una especie de dictadura. Las razones de este hecho son diversas. Niza crea un potestad para defenderse contra los ataques de Génova, y Arlés para asegurarse contra los desórdenes causados por las discordias del cuerpo consular. Un potestad traído del extranjero, extraño y superior á los partidos, era el único capaz de establecer la paz. De este modo aconteció que las democracias urbanas contribuyeron al establecimiento de los potestades por odio contra las aristocracias que las excluían de los cargos municipales. El potestado aparece en Aviñón después de la guerra civil de 1225; es una especie de victoria de la población obrera, reunida en cofradía, sobre la nobleza local y sobre el obispo. Por lo demás, este régimen no fué nunca un modo de gobierno establecido, con carácter de permanencia, en el sitio y lugar del régimen consular. Hubo alternación entre ambos, según que uno ú otro de los partidos lograba prevalecer.

A fines del reinado de Felipe Augusto comienza la decadencia de los consulados. La guerra de los albigenses introdujo en Tolosa la dominación de los reyes de París y la de los príncipes de su familia. El nuevo gobierno no podía tolerar las excesivas libertades de las ciudades. Simón de Montfort había reemplazado el consulado de Tolosa por una comisión de prohombres nombrados por él y revocables á voluntad. Luis VIII, después de haber sometido Beaucaire, cambió su constitución en provecho de la autoridad real. Su hijo Alfonso de Poitiers continuará la misma tradición. Por lo demás, el viejo espíritu municipal y la libertad política, no se ven amenazados únicamente por el trabajo de centralización llevado á cabo en el Langüedoc y la Provenza por los reyes y altos soberanos feudales. Al Mediodía como al Norte de Francia, las ciudades libres, consulados y municipios debían perecer por el mismo exceso de libertad, por los abusos del poder y las disensiones de las aristocracias burguesas, así como por la hostilidad de la población inferior, que detestaba un estado político en que no se le había reservado sitio.

IV.—El villano en los poemas feudales. La literatura burguesa (1)

Los progresos llevados á cabo por la burguesía están indirectamente atestiguados por la literatura contemporánea. Los poetas feudales, autores de canciones de gesta, á la vez que siguen expresando el universal des-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Hünerhoff, *Über die kontinentalen «Vilains» Figuren der altfranzösischen Chansons de geste*, 1894. Mommerqué, *Théâtre français au Moyen âge*, 1839, y *Notice sur*

precio de los nobles por el villano, no pueden menos que otorgar á los burgueses, á los comerciantes y á las ciudades un lugar que hasta entonces se les había negado. El autor de la *Chanson de Roland* no se ocupa en parte alguna de las personas y cosas del mundo popular: no cree que esta humanidad de los terrenos bajos valga la pena de ser considerada. En los poemas guerreros y novelas de aventuras del tiempo de Luis VII y de Felipe Augusto se conoce que el villano existe y obra, que posee dinero y que cuenta por algo en la sociedad.

Ya hemos visto que en las canciones de gesta se trata con frecuencia de ciudades y burgueses. Los municipios y sus milicias, aun cuando con frecuencia se haga mofa de su cobardía, tienen allí su sitio. Algunos textos de *Girart de Roussillon*, de *Garin* y de las *Enfances Guillaume* no son excesivamente desfavorables á las tropas de la ciudad, á la «*piétaille* de los arqueros» como les llaman. El alcalde de Burdeos habla, manda y es un personaje en *Anseis, fils de Girbert. Parise la Duchesse* nos pinta á los burgueses en rebelión abierta y forzando la torre del señor. *Renaud de Montaubán* encuadra con detalles romancescos un hecho histórico que había causado sensación, á mediados del siglo XII, en el mundo burgués: la fundación de la gran ciudad nueva de Montaubán (1). Pero la canción la atribuye á los cuatro hijos Aimón.

Si los cancioneros continúan poniendo en ridículo al burgués, presentándolo, en general, como un borracho, un ladrón ó un usurero, es porque la clase noble ambiciona sus riquezas y le guarda rencor por los préstamos que se ve obligada á admitir de sus cajas. Este sentimiento aparece en *Aiol* con trazos enérgicos. El poeta hace del carnicero orleanés Hagenel y de su mujer Hersent dos caricaturas: «La señora Hersent, de amplio vientre, y su marido nacieron en Borgoña. Cuando vinieron á Orleans, la gran ciudad, no tenían cinco sueldos disponibles. Eran raquíticos, mendigos, dolientes; se morían de hambre. Pero ganaron tanto con la usura, que en cinco años amasaron una fortuna. Tienen en rehenes los dos tercios de la ciudad; por todas partes compran hornos y molinos y desheredan á los hombres libres.»

El advenimiento del villano á las funciones administrativas, su entrada en la política y en los negocios como preboste, juez ó consejero del señor, ó en el mundo militar como caballero, le vale las imprecaciones y los gritos de cólera de los poetas del feudalismo. No se le perdona que salga de su casta; todos estos recién llegados no pueden menos de hacer traición: ¡malhaya quien les emplea! «¡Qué mala recompensa recibirá, por Dios, se lee en *Girart de Roussillon*, el buen guerrero que hace caballero al hijo del villano para convertirlo después en su senescal ó su consejero, como hizo el conde Girart con este Richier, á quien dió mujer y tierras; y luego éste vendió el Rosellón á Carlos el Orgullosa.» El conde Ricardo, héroe de la canción del *Escoufle* (una novela de aventuras escrita antes de 1204), recibió,

Jean Bodel, 1838. C.-V. Langlois, *La Societé au Moyen âge d'après les Fabliaux*, en la «Revue Bleue», 1891. Raynaud, *Les Congés de Jean Bodel*, en la «Romania», tomo IX. Bédier, *Les Fabliaux*, 1893.

(1) Véase el tomo I, pág. 570.

á propósito de los villanos, las confidencias del emperador. Este afirma que no es dueño de su imperio y no se atreve á cruzar sin escolta de una á otra ciudad. Ha cometido la imprudencia de confiarse á sus siervos y de elevarles en dignidad; ahora son ellos quienes mandan en sus castillos, en sus ciudades y en sus bosques. Finalmente suplica á Ricardo que acepte el cargo de condestable y vaya en su auxilio. El conde hace buscar por Francia los más bravos caballeros, y en menos de año y medio desembaraza la tierra imperial de todos los villanos que ocupaban los castillos. Moraleja: «Que jamás á vuestra tierra vaya ningún sirvo á ser vuestro bailío. Pues vergüenza y deshonor caen sobre el noble que toma por señor á su villano. ¿Cómo puede acontecer que el villano sea gentil y libre?»

Pero en vano tratan los villanos de oponerse á esta marea creciente: se ven arrollados, y los cancioneros, quieras que no, no pueden menos que introducir en el cuadro de sus canciones á villanos que no son del todo ridículos ó antipáticos. Hay entre éstos algunos villanos que llegan á la caballería, como el Rigaut de *Garin*, uno de los héroes de la epopeya, que se bate como un león y hace frente al mismo rey de Francia. Y aun Rigaut aparece grotesco en cierto modo. En cuanto á otros, como Simón, de *Berthe aux grands pieds*, ó David, de las *Enfances Charlemagne*, ha desaparecido de ellos casi por completo el elemento cómico. Finalmente llega el momento en que los poetas reservan un papel glorioso á las gentes de ínfima condición. La canción de *Dauvel et Béton* glorifica á un sencillo juglar, y en la de *Amis et d'Amles* dos siervos dan muestras de una abnegación admirable para con su señor.

Todavía es síntoma más característico la aparición de la literatura burguesa, la de los *fabliaux*. Al decir de los más competentes eruditos, estos cuentos pertenecen en su mayor parte á fines del siglo XII y á principios del XIII. El historiador de Luis VII y de Felipe Augusto tiene, por consiguiente, el derecho de rebuscar en ellos los detalles de costumbres y los elementos de vida real que forman el cuadro en que se desarrolla la fantasía del narrador. Es indudable que los autores de *fabliaux* no se dirigían solamente á burgueses reunidos en banquete de corporación ó feria: comparecían además en los cenáculos de los caballeros y de las nobles damas y se burlaban del villano y del ciudadano como del resto de la sociedad; pero los burgueses eran sus mejores padrinos, y esta literatura es popular por la naturaleza de sus sujetos y la descripción de costumbres.

El *fabliau* más antiguo, *Richeut* (1159), es la historia, fuertemente realista, de una mujer de mal vivir y el cuadro de gente perdida que la rodea. Encuéntrase en él el espíritu de observación cínica y burlesca en la descripción de ciudades y escenas populares; los pilluelos y los truhanes, los tenduchos y tabernas, los escolares turbulentos, los pequeños comerciantes de ambulancia, los burgueses y burguesas, y todo ello pintado al natural, con sus ridiculeces y sus vicios.

«Los autores de *fabliaux* son excelentes historiógrafos, bien nos conduzcan á la gran feria de Troyes, donde se amontonan tantas riquezas, objetos de oro y plata, telas de escarlata y sedas, lanas de Saint-Omer y de Brujas, y hacia la cual cabalgan opulentos burgueses armados de escudo y lanza como caballeros, seguidos

de largo convoy, ó bien nos describan la diminuta villa encaramada en una altura y durmiendo bajo las estrellas (1).» Nos introducen en los municipios de Picardía y Flandes, y principalmente en Arras, el modelo de ciudad rica y activa, en donde los gremios de artesanos, tapiceros y obreros en metal y pedrerías celebraban banquetes dignos de Pantagruel (2). «Cuando uno de estos mercaderes vuelve con la bolsa llena, á través de los caminos más seguros, de una de las grandes ferias de Champaña ó Flandes, y penetra nuevamente en su ciudad bien guardada, se siente invadido de buen humor, como un burgués de Aristófanes, al trincar de los escudos y al olor de las cocinas succulentas. La prosperidad engendra el ocio y la pereza, madre del arte. Como se ha dado al adorno y decoro de su casa familiar, es justo que decore y adorne su espíritu. Le son necesarios estos juglares que acuden á cantar y declamar en su presencia los dichos de «plateros,» «panaderos,» «pintores,» que constituyen para él lo que las odas de Píndaro para los burgueses de Micenas ó Megara. En contraste con la literatura de los castillos, nace la literatura del estado llano (3).»

Entre los más antiguos representantes de esta nueva literatura conviene citar á Juan Bodel, que murió hacia 1210. Largo tiempo había figurado entre el servicio del municipio de Arras como ministril ó heraldo de armas. Iba á partir para la cruzada de 1204 cuando le atacó la lepra. Pero antes de encerrarse en un hospital de leprosos para vivir en él de una renta que le pasaban los escribanos, dirige á sus amigos de Arras un *Congé*, poema en el que nombra, junto con algunos castellanos del Artois, á los principales burgueses de la ciudad. En él dice adiós á los «que dulcemente le han alimentado,» y su reconocimiento se derrama en tiernas expresiones. «Bodel confiesa que Pedro Wasquet le fué útilísimo y que Simón Durant le auxilió muchas veces. Raúl Reuvin le consideraba como un hijo. El tesoro de Wauvert Leclerc se abría á su voluntad. En cuanto á Nicolás el Carpintero, un verdadero banquero para él, le bastaba con llamar á su caja (4).»

Este trovador burgués no despreciaba, sin embargo,

(1) Bédier, *Les Fabliaux*, pág. 306.

(2) Uno de los personajes del célebre cuento de Rabelais *Gargantúa y Pantagruel*, famoso por sus hábitos de epicureísmo, como lo era Gargantúa por su voracidad.—(*N. del T.*)

(3) *Ibid.*, pág. 322.

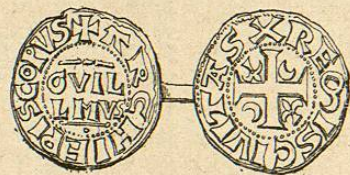
(4) Guy, *Adam de la Hale*, pág. XXII.

la clientela de caballeros y barones. Escribió para ellos una canción de gesta, los *Saisnes* ó los *Saxons*, arreglo de un antiguo poema del ciclo carolingio, hoy perdido, donde intercaló sentimientos y escenas de amor para conformarse con los hábitos recientes de la corte. Pero la tendencia burguesa prevaleció decididamente en él. Compuso á la par que los *fabliaux* (nueve cuentos de este género pueden atribuírsele) multitud de pastorales, y sobre todo el *Jeu de Saint Nicolas*, una de las más antiguas piezas teatrales escritas en francés.

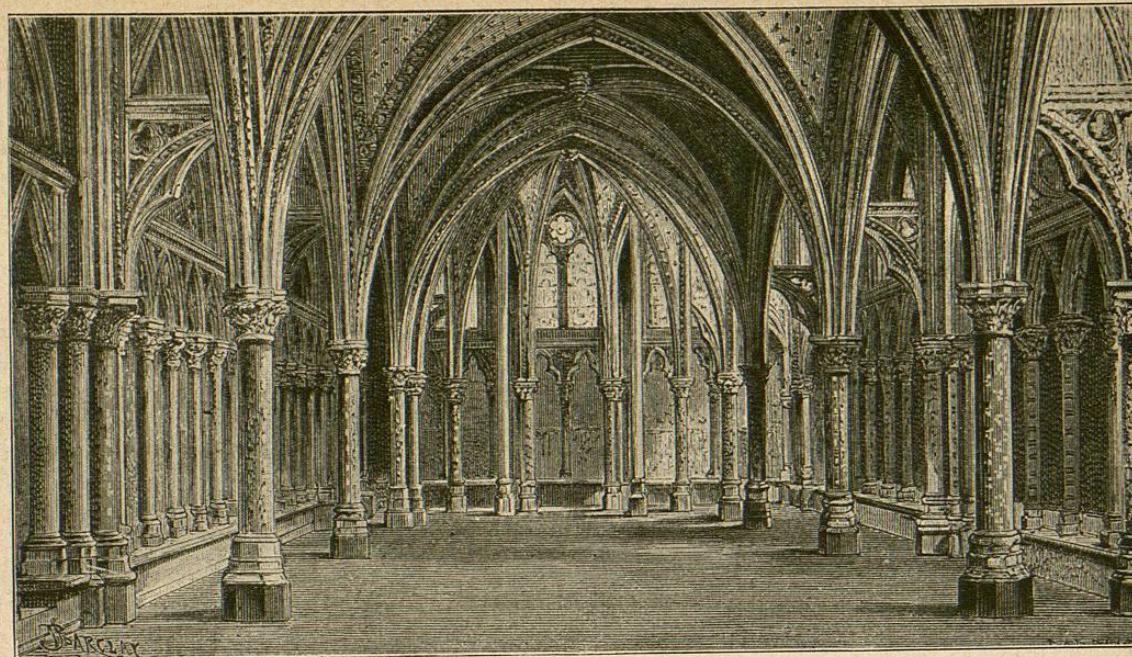
Drama casi sekspiriano, guerrero, religioso y popular á la vez, el *Jeu* pone en escena personajes de epopeya: un rey sarraceno, un senescal, sus almirantes y sus feudatarios, al lado de los habitantes de un municipio: hosteleros, pajes, pregoneros de vino, postes de taberna, jugadores y ladrones de la peor especie. A las descripciones de los combates entre paganos y cristianos se suceden bruscamente cuadros de taberna y riñas de borrachos, que ocupan la mayor parte del poema. Allí el tabernero llamando á gritos á los que pasan por delante de su tienda: «¡Ehl, buenas gentes, se hace buena comida: hay pan caliente y arenques calientes y vino de Auxerre á toneladas,» y el pregonero de vino, Raoulet, que va por las calles desempeñando su oficio: «El vino corre nuevamente á pleno vaso y á tonel lleno; vino discreto, bebible, fuerte y substancioso, corriendo como ardilla en la selva, sin asomo de agrio y pasado; corre con alegría, seco y vivo; claro como lágrima de pecador; vino inseparable de la lengua. Ved cómo devora su propia espuma; cómo salta, chispea y hierve; mantenedlo un poco en la lengua y sentiréis llegar el gusto al corazón.»

Y esta mezcolanza singular de diálogos serios y grotescos, de poesía caballeresca y báquica, en que la lengua de un atrevimiento populachero desciende muchas veces al argot, se termina por la milagrosa intervención de San Nicolás, la conversión de los sarracenos y un *tedéum* entonado por todos los actores.

Un poema de este carácter debió ser escrito para complacer á una burguesía belicosa, aficionada al vino y á la risa, todavía devota, pero que ya no cree irreverente mezclar lo sagrado á lo profano. En el *Jeu de Saint Nicolas* aparece como en síntesis la Edad media, antigua y nueva; el mundo heroico de los caballeros y de las cruzadas, y el pueblo turbulento de las ciudades, la gentezuela de talleres y tenduchos, á quienes pertenecía el porvenir.



Moneda de Guillermo II, arzobispo de Remis



Cripta de la Santa Capilla de París

SAN LUIS.—FELIPE EL HERMOSO.—LOS ÚLTIMOS CAPETOS DIRECTOS (1226-1328)

POR C. V. LANGLOIS, DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

LIBRO PRIMERO

LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS DESDE 1226 Á 1285

CAPITULO PRIMERO

LA MINORIDAD DE LUIS IX (1)

I. Blanca de Castilla, sus familiares y sus adversarios.—II. Gobierno de Blanca de Castilla hasta la partida del cardenal de San Angelo.—III. Correrías y convenios, desde 1229 hasta 1231.—IV. Últimos años de la Regencia.

I.—Blanca de Castilla, sus familiares y sus adversarios

La muerte súbita, sospechosa, de Luis VIII produjo en Francia una crisis. La herencia de odios que Felipe Augusto y Luis VIII habían acumulado durante treinta años de conquistas, fué transferida, en noviembre de 1226, á un niño de doce años; y de ahí que la Francia

(1) FUENTES.—La exploración de las fuentes originales de la historia política del siglo XIII no está aún terminada. Es cierto que la mayor parte de las crónicas se hallan reunidas en los tomos XX á XXIII de los *Historiens de la France* (á partir del tomo XVI); pero queda mucho que hacer con respecto á los documentos de archivos. El inventario, según el orden cronológico, de los escritos contenidos en las *layettes* (gavetas) del Tesoro de las cartas, no se ha publicado más que hasta el año de 1260. La empresa de la Escuela francesa de Roma, que se ha impuesto la tarea

y la monarquía, tan prósperas al principio del siglo XIII, parecieron, de la noche á la mañana, estar en peligro. Luis VIII en su lecho de muerte había declarado que «su sucesor, con el reino, y sus otros hijos meno-

de analizar los registros de la cancellería pontificia en el siglo XIII, está aún en vías de ejecución. Los últimos volúmenes de la colección de los *Historiens de la France* contienen algunas cuentas reales del siglo XIII, pero está todavía inédita la mayor parte de los documentos financieros.

OBRAS DE CONSULTA.—La historia del reinado de Luis IX fué muy diligentemente estudiada en el siglo XVII por Le Nain de Tillemont; la compilación de Le Nain (impresa en seis volúmenes por M. de Gaulle: *Vie de Saint-Louis*, 1847-1851) es útil todavía, porque el autor se ha servido de unas fuentes que en la actualidad se han perdido. En nuestros días M. F. Faure (*Histoire de Saint-Louis*, 1865), H. Wallón (*Saint-Louis et son temps*, 1875), A. Lecoy de la Marche (*La France sous Saint-Louis*, sin fecha, «Bibliothèque d'histoire illustrée») y muchos otros autores (véase la *Bio-bibliographie* de M. U. Chevalier en la palabra «Luis IX») han escrito sobre este asunto. Pero ninguna de esas obras generales ofrece ahora el último adelanto de la ciencia; la historia de Francia, desde 1226 hasta fin del siglo XIII, ha sido recientemente renovada por monografías que se indicarán más adelante.

La historia de la minoridad de Luis IX, en particular, ha sido renovada por E. Berger: *Histoire de Blanche de Castille*, 1895.